

El Mundial de fútbol y la crisis del sentido fraterno del deporte

The World Cup and the Crisis of the Spirit of Brotherhood in Sports.

Santiago Salazar López*

<https://orcid.org/0000-0002-4941-8489>

santiagosalazar@politicass.unam.mx

Universidad Autónoma de México.

Resumen

El artículo ofrece una reflexión crítica sobre las transformaciones en megaeventos deportivos, tomando como referencia al Mundial de fútbol en relación con los procesos históricos del deporte moderno. El problema central examina al fútbol, que en su primer momento fue presentado como espacio fraterno y de igualdad como una nueva reconfiguración que tensiona los principios clásicos del imaginario deportivo. Lejos de funcionar como un bien común, esta inscripción se traduce en una lógica de atravesada por intereses más de la mercantilización y la exclusión económica. Los cambios históricos, las disputas de poder y la marginación de las bases populares evidencian dicha ruptura, y a partir de la revisión de literatura con análisis documental, se constatan dichos quiebres entre el ideario ético- lúdico del deporte y las formas actuales de organización mundialista. El texto concluye que esta dinámica refleja la crisis del sentido fraterno del deporte en el orden contemporáneo.

Palabras clave:

Fútbol, Fraternidad, traición, mercantilización, valores

Abstract

This article offers a critical reflection on the transformations in major sporting events, using the World Cup as a case study in relation to the historical processes of modern sport. The central issue examines football, which was initially presented as a space of camaraderie and equality, but has undergone a new reconfiguration that challenges the classic principles of the sporting imagination. Far from functioning as a common good, this framework translates into a logic permeated by interests rooted in commodification and economic exclusion. Historical changes, power struggles, and the marginalization of grassroots communities highlight this rupture; through a review of the literature combined with documentary analysis, these fractures between the ethical and recreational ideals of sport and the current forms of World Cup organization are confirmed. The text concludes that this dynamic reflects the crisis of the fraternal spirit of sport in the contemporary world.

Keywords:

Soccer, Brotherhood, Betrayal, Commercialization, Values

Este trabajo se inscribe en el proyecto posdoctoral "Entre canchas, calles y culturas: Género y masculinidades juveniles en las barras de fútbol de Colombia y México", desarrollado con el apoyo del Programa de Becas de Estancias Posdoctorales por México, Convocatoria 2025 de la SECIHTI, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se agradece la colaboración y acompañamiento académico del Dr. Sergio Varela Hernández, asesor del proyecto.

Introducción.

Construir una narrativa crítica en torno a los mundiales de fútbol, exige ante todo reconocer una ruptura ontológica que se ha consumado entre los fundamentos humanistas del deporte y la actual gobernanza corporativa que ha subsumido al fútbol global. Es una ruptura entre el discurso humanista y la praxis corporativa que, evidentemente ha subyugado a las raíces que en otrora exaltaban las virtudes morales, el equilibrio integral entre cuerpo y espíritu, y que hoy son la progresiva de la lógica industrial donde el rendimiento corporal se asimila a la producción fabril (Brohm, 1976). El proyecto del deporte moderno encuentra en Pierre de Coubertin (figura importante en la reactualización de los Juegos Olímpicos a inicios del XX) una de sus formulaciones más influyentes, al concebirlo como una práctica orientada a la formación moral, la disciplina del cuerpo y la construcción de la fraternidad entre las naciones – en un contexto históricamente masculinizado- con un ideal humanista que se articuló con la creación de la FIFA en 1904 con la presidencia de Robert Guérin, quien también compartía una visión inicial del fútbol como espacio de organización internacional, cooperación y regulación del juego (Goldblatt, 2008).

“No reduzcan las posibilidades de entender el mundo del fútbol entre buenos y malos”, advierte Varela Hernández (2026) en una publicación- post reciente. Esa observación sirve como punto de partida de este trabajo, porque permite evitar una lectura demasiado simple del Mundial: no se trata de despreciar el fútbol, ni de mirar por encima del hombro a quienes lo viven con pasión. Tampoco se trata de defender ingenuamente a la FIFA. El fútbol es muy contradictorio, y puede ser fiesta popular, pertenencia barrial, deseo colectivo y, al mismo tiempo, negocio, frontera, espectáculo y forma de administración política. Justamente ahí se sitúa el problema: el Mundial sigue siendo bello porque todavía produce comunidad y emoción compartida; pero también resulta profundamente cuestionable cuando esa alegría queda organizada por precios, marcas, permisos, dispositivos de seguridad, intereses inmobiliarios y jerarquías de movilidad global. Como exponía el teórico: Fue la FIFA que en sus comienzos permitió que pobres, feos y obreros también compitieran y se profesionalizaran (Varela Hernández, 2026).

En esta etapa fundacional se leerá dentro de una misma matriz de pen-



samiento, en la que el deporte era entendido como un dispositivo de civilización (Elias & Dunning, 1992), integración y encuentro entre pueblos. Sin embargo, este horizonte normativo se desarrolló en constante tensión por los procesos de transformación que cada vez soslayaban este ideal antes que sobreponer a cualquier emoción fervorosa, con objetos mercantilizados que poseen un precio y donde la humanización no es más que un descarte provisto por esta maquinaria técnica que utiliza el espectáculo masivo para consolidar una estructura de poder (Brohm, 1976), o al menos eso con la transición de los años.

Los escenarios actuales podrían parecer rápidamente una “traición” al espíritu original manifestado, especialmente en la exclusión de las bases populares, con un trasfondo mayor en el sentido de identificar en este deporte una fuente interesante de recursos transformados a una lógica conveniente. Mientras el olimpismo y el fútbol de antaño soñaban con borrar las barreras de todo tipo, hoy la instauración de nuevos criterios efímeros y de exclusión parecieren desviar este supuesto de ideal originario, encontrando inteligibilidad en esta suerte de nueva naturaleza del deporte moderno (Goldblatt, 2008).

A partir de lo anterior se consolida un problema que orienta al artículo a analizar la tensión entre este ideario ético- lúdico del deporte moderno y las formas contemporáneas de organización del Mundial como espectáculo global, preguntándose por ¿cómo se expresa esa crisis en los sentidos de este deporte en el orden contemporáneo? La hipótesis sostiene que dicha crisis no implica la desaparición como tal de los valores fundacionales, sino una reconfiguración funcional dentro de un sistema de mercantilización, gobernanza corporativa y exclusión económica que transforma el juego en un espectáculo cada vez más cerrado y selectivo.

La FIFA ya no opera solo como organismo rector orientado al desarrollo del juego, sino como instancia de gestión estratégica del espectáculo, utilizando a esta organización del fútbol mundial como un puente para la producción de valor, la expansión de mercados y la consolidación de poder (Salazar, 2023). Este relato tiene una configuración jerárquica, mecanismos de decisión y su inserción en redes económicas globales que revelan una forma de poder excedente a lo estrictamente deportivo y se aproxima a la lógica de una corporación transnacional de intereses financieros, políticos y mediáticos (Salazar, 2023).



Para la FIFA, el Mundial y el fútbol reflejan un “idioma universal”, articulado en un “Cuadro de valores”: la inclusión, el respeto, el juego limpio y el impacto social del fútbol (FIFA, 2021) que buscan proyectar la imagen de un evento inclusivo y global, sin embargo, como veremos a continuación, las relaciones a las que asistimos son otras, con dinámicas reconfiguradas. Además, existe una lógica en la “alegría”, que deja de ser una experiencia compartida para convertirse en mercancía accesible únicamente bajo condiciones económicas; la “fraternidad” se ve limitada por mecanismos de exclusión que restringen el acceso a quienes pueden integrarse fácilmente por el poder adquisitivo al circuito de consumo; la “igualdad” coexiste con estructuras que reproducen y profundizan desigualdades preexistentes, y ni qué reflexionar sobre el “amor” y la “pasión”, que se vuelcan a otro pensar.

Se trata entonces de una inversión funcional en un deporte que continúa hablando de paz y unidad, pero lo hace en un escenario en el que la participación se encuentra condicionada por esas capacidades de adquisición, la visibilidad mediática, la inserción en circuitos globales de mercado y el atropello de los grupos más vulnerables.

Gracias a una metodología cualitativa centrada en la revisión documental e histórico crítica de la literatura filosófica, sociológica y de estudios sociales y culturales sobre deporte, fue posible organizar este trabajo en seis apartados: Primero, se revisa el ideario ético- lúdico del deporte moderno y su relación con la formación moral, el juego y la civilización. Segundo, se reconstruyen algunas consideraciones históricas sobre el fútbol como práctica moderna regulada, popularizada e institucionalizada. Tercero, se analiza la “promesa” fraterna del Mundial de fútbol y su relación con el olimpismo, el amateurismo y la institucionalización internacional de deporte. Cuarto, se examina el tránsito del proyecto humanista hacia lógicas de poder político, económico y mediático. Quinto, se revisan las contradicciones del siglo XXI en torno a la expansión global del espectáculo mundialista. Finalmente, se analiza el Mundial 2026 como un caso donde se intensifican las tensiones entre fiesta, mercado, seguridad y exclusión.

Por estas tensiones es que el artículo propone leer una experiencia compleja: una ruptura ambivalente que dirá: “Qué bonito es el Mundial” y “Qué ‘complicada’ es la FIFA”, con valores que se ponen en crisis, que existen pero



que han sido apropiados, reconfigurados y puestos al servicio de una lógica que les es ajena de lo que en un comienzo fue. Es una disruptiva con el sentido ontológico que no transforma explícitamente el funcionamiento del fútbol en sí, sino en su experiencia y su inscripción en la vida social. Este artículo busca aproximarse de forma crítica hacia esta lectura.

1. Ideario originario en el deporte y el fútbol: breves aproximaciones.

Para hablar de un ideario en el fútbol, habrá que hacer un aproximado inicial desde los deportes. En una inscripción desde la antigua Grecia conllevan a una comprensión desde el *agón* (competición) y *areté* (excelencia), en la carrera por el equilibrio armonioso entre cuerpo y mente, promoviendo la disciplina, el honor, la belleza física, el juego limpio y la conexión espiritual con los dioses fomentando la unidad entre las ciudades-estado, las polis griegas de hecho consideraban en el deporte un aspecto diferencial de su civilización con respecto a otras, en especial los bárbaros (Beyer, 2019). Los Juegos Olímpicos aparentemente tienen raíces desde este espacio, que, según la mitología griega, cuando Zeus (niño) estaba al cargo de los genios dáctilos, Heracles (el mayor de ellos), propuso a sus hermanos (Peoneo, Epímedes, Idas y Yasio) una carrera para entretenimiento, siendo que el vencedor sería coronado con un ramo de olivo silvestre; además, Olimpia, era uno de los sitios tradicionales donde los hombres libres de las colonias y estados griegos, se reunían para esta competición atlética que producto de la tradición adquirió su fama y se convirtió en un evento con intervalos regulares, siendo que, los atletas pasarían un mínimo de un mes en Elis (a 50 kilómetros de Olimpia) a fin de alcanzar su mejor forma física (Beyer, 2019).

Sería titánico introducir todos los deportes, pero retomando a García, Molina y Sánchez (2015), los valores y propósitos se concentraban en *Areté* y Educación: en especial la educación física que buscaba la excelencia individual y la virtud educando cuerpo y alma; *Agón* y competición: centrales, valorando el esfuerzo, la superación de adversidades y la aproximación a la gloria; Armonía (*kalakabathia*): en el ideal estético de la forma física que combinaba lo corpóreo con la bondad moral; el juego limpio y honor: priorizando el respeto al rival, la aceptación de las normas, el comportamiento honorable, que serán los cimientos del *fair play* moderno; La unidad y religión: que proyectaban en los juegos los actos de culto religioso a los dioses, además de un elemento cohesionador y de

paz entre las ciudades- estado, que, pausaban su conflicto durante la contienda; y la preparación física y militar: el entrenamiento como un vehículo fundamental para la salud y la defensa de la ciudad, valorando agilidad, velocidad y táctica (García, *et.al*, 2015). Esta forma de deporte trascendía la mera competencia física para constituir un modo de vida centrado en el desarrollo integral humano, además de la celebración de la civilización de la que sería parte importante en el desarrollo de su historia. A decir de López (2011), en el sentido ligado en la filosofía del deporte, este es concebido originalmente como un modo de autorrealización humana, afín a valores de las sociedades democráticas como la igualdad y la libertad (López, 2011).

Para Brohm (1976) y Huizinga (2007), resulta particularmente esclarecedor señalar que el deporte no es un espacio autónomo o potencialmente contestatario, sino que funge como un dispositivo profundamente integrado en la reproducción del orden social. En primer lugar, el deporte cumple una función legitimadora: lejos de cuestionar las estructuras existentes, contribuye a reforzarlas, mediante la producción de identificaciones colectivas y la exaltación de figuras ejemplares: Los campeones encarnan, así, modelos exitosos que permiten la proyección de la ilusión de la movilidad social, la realización individual y consolidan nuevas adhesiones al sistema (Brohm, 1976, pp. 50-51). El deporte en tanto espectáculo masivo, canaliza tensiones profundas en formas reguladas de competencia (Huizinga, 2007), desplazando conflictos estructurales -principalmente aquellos vinculados con la lucha de clases- hacia representaciones simbólicas que resultan socialmente inofensivas. Podría operar como una suerte de “opio”, que reconfigura los términos aceptables (Brohm, 1976, p. 51). A ello se suma el papel que desempeña en la promoción de una ideología de la coexistencia pacífica, en la que el deporte aparece como un espacio de tregua y fraternidad entre las naciones, en sintonía con los discursos institucionales que exaltan la paz y la unidad, pero, que, en la práctica pueden encubrir relaciones más profundas.

Huizinga (2007), leído en clave de la Socio-Antropología del Deporte, permite profundizar en una dimensión que no debe entenderse como secundaria, siendo el juego uno de los fundamentos primordiales de la cultura por su forma simbólica y de organización social. Aparece entonces un *Homo Ludens*, u hombre que juega, que no está distraído de la realidad, sino que es productor de reglas, sentidos, vínculos y formas de convivencia (Huizinga, 2007). Esta práctica

ocurre en un espacio y tiempo delimitados, con normas aceptadas por quienes participan y produce un orden propio que suspende momentáneamente la vida ordinaria. El fútbol entonces, podría percibirse como una de las formas modernas en esa racionalidad lúdica, como práctica regulada, colectiva, simbólica, que enfrenta cuerpos y los organiza en pertenencias, emociones, identidades y relatos comunes.

La potencia cultural de juego, sin embargo, no impide que el deporte pueda ser capturado por estructuras históricas de poder. Precisamente ahí se abre la tensión que interesa a este artículo: un fútbol que conserva una dimensión lúdica que produce comunidad, identificación, gozo colectivo, pero, esa misma potencia que puede ser reorganizada, capturada por instituciones, mercados y dispositivos mediáticos que transforman el juego. La crisis no consiste entonces en que el fútbol deje de ser juego, sino en que su racionalidad lúdica queda subordinada a criterios de rentabilidad, control y acceso selectivo.

La dimensión ideológica se articula, además, con funciones materiales que resultan fundamentales para comprender el lugar del deporte en las sociedades. Brohm, advierte que, el deporte contribuye a formar una fuerza de trabajo disciplinada, al incruste de valores como el esfuerzo, la resistencia y la productividad, en consonancia con las exigencias del sistema industrial (como veremos adelante). El cuerpo entrenado, entonces, no solo compete, sino rinde para adaptarse a una lógica que privilegia la eficiencia y la optimización de capacidades (Brohm, 1976, p. 53). A la par, el deporte también ha sido históricamente utilizado como mecanismo de socialización y control, funcionando como espacio de reclutamiento, formación del carácter y preparación para estructuras jerárquicas, incluidas las de carácter militar.

2. Algunas consideraciones en el fútbol

Este horizonte formativo y simbólico no permanece confinado a la antigüedad, sino que proyecta su influencia en las organizaciones modernas del deporte, y para el caso, al analizar al fútbol, este ideario de principios se sostendrá en otros al menos en una formulación ideal. La centralidad del esfuerzo, la aspiración a una forma de excelencia en la trascendencia de lo físico se rearticula con el discurso contemporáneo en continuidad de una tradición que concebía la parte integral del desarrollo deportivo (Guttmann, 1978). En ese sentido, el fútbol

se presenta no solo como una práctica deportiva, sino como un espacio donde persiste, aunque transformada, la pretensión de educar, integrar y dar sentido a la experiencia colectiva, en la línea de la comprensión del juego como dimensión articuladora de la cultura y la vida social (Huizinga, 2007). Sin embargo, esta continuidad no puede asumir se de manera lineal sin crítica, pues es precisamente en la distancia de este legado y sus formas actuales donde se posibilita interrogarse frente a las tensiones que atraviesan no solo al fútbol sino al deporte en la contemporaneidad.

La discusión sobre el fútbol como fenómeno social, político y cultural ya cuenta con una línea de investigación amplia que permite ubicar este trabajo dentro de un debate ya consolidado: La llamada Socio- antropología del Deporte, o los Estudios Sociales y Culturales sobre Deporte, con origen en América Latina: Alabarces (2018) ya ha demostrado que este es más que una práctica deportiva para consolidarse como un espacio popular atravesado por identidades nacionales, disputas sociales y contradicciones históricas. Carrión (2014) lo analiza desde una práctica confluida con la economía, la cultura, la política y la ideología en un sentido polisémico en significados. No obstante, resulta pertinente la lectura de Varela Hernández (2014), que permite matizar que el fútbol y en el Mundial un gozo futbolero que puede coexistir con malestar social, desigualdad y protesta, esta es la que se usará en adelante para convenir que el fútbol conserva una dimensión lúdica de movilizar emociones colectivas, con una potencia que no elimina las condiciones históricas en las que el evento se realiza. Por el contrario, la celebración mundialista puede convertirse en un escenario para el fervor, pero, también en una ventana oportuna para administrar simbólicamente las crisis, proyectando unidad nacional mientras persisten demandas materiales insatisfechas (Varela Hernández, 2014).

Así, el Mundial sugeriría una experiencia ambivalente: con la fiesta, la pertenencia, la comunidad, pero, con el encubrimiento de exclusiones, tensiones sociales que contradicen su discurso.

En una brevísima aproximación histórica de antecedentes con el fútbol, antes de su codificación en Inglaterra, se sabe que existieron prácticas rudimentarias que identificadas como “técnicas del cuerpo” ligadas a la supervivencia o la religión (Brohm, 1976). En China, desde el Siglo III a.C, el “*Ts’uh K’ih*” consistía

en lanzar una bola de cuero rellena de plumas a una red pequeña como parte de manuales de ejercicios militares de la dinastía Han (Fernández y Soto, 2018); En Mesoamérica, las culturas prehispánicas practicaban el juego de pelota (*tlachtli* o *pok-ta-pok*), que funcionaba como ritual religioso (CONADE, 2008), y en la edad media, los ejercicios físicos tenían un marcado carácter de clase, mientras la nobleza se preparaba para la guerra mediante la caballería, el pueblo practicaba juegos colectivos como la soule, que eran formas de pasatiempo y pseudo-recuperación física de la jornada laboral (Brohm, 1976). También, en la edad media, el llamado *folk football*, en Inglaterra, constituía un juego colectivo, caótico y escasamente regulado, practicado principalmente por sectores rurales y urbanos de las clases bajas, eran manifestaciones vinculadas a festividades locales, que no estaban orientadas por principios formales de competencia, sino por dinámicas comunitarias que combinaban el entretenimiento, la confrontación física; no obstante, fue descalificado por las élites como expresiones desordenadas y potencialmente peligrosas (Elias & Dunning, 1992).

Será entonces, Inglaterra, hacia el siglo XVII donde estas prácticas comienzan a experimentar una transformación decisiva bajo la influencia de las dinámicas sociales propias de la modernidad emergente. Se reconfigura progresivamente entonces una lógica organizacional, de regulación y sistematización distintas, vinculadas estrechamente a las prácticas de ocio (Elias & Dunning, 1992) y en particular al fenómeno de la apuesta. Este desplazamiento no solo implica la formalización de reglas, sino la introducción de una racionalidad que tiende a medir, comparar y estandarizar el rendimiento, sentando unas bases que dejan de estar ancladas exclusivamente a la ritualidad para integrarse en un marco social donde la competencia, la cuantificación y la regulación adquieren un papel central (Brohm, 1976)

Para el siglo XVIII, en Inglaterra, el deporte como lo entendemos, cambia por una condición volcado hacia este mencionado fervor de las apuestas de la aristocracia británica:

Es en Inglaterra donde debemos buscar el origen del deporte moderno. A mediados del siglo XVIII aparece el «*patronised sport*». *La aristocracia fomenta los juegos populares, incitando a ellos por medio de recompensas*. Ella misma los practica por su cuenta. Eventualmente, el noble no desdeña el mezclarse en los juegos del pueblo. (Brohm, 1976, p. 40)

Además, con la invención del récord, los nobles ingleses que organizaban carreras de “valets de pie” (*running footmen*) y apostaban sobre su rendimiento, introdujeron una obsesión por lo mensurable y la velocidad; también, la técnica sobre el músculo, que, según las crónicas, en 1731 utilizó por primera vez el cronógrafo en carreras de caballos, marcando el inicio de la lucha contra el tiempo y la búsqueda de una “organización racional del rendimiento” que se aplicaría luego al fútbol; y, el competidor fantasma, que, gracias a las apuestas y la noción del récord, creó una abstracción real que obligaba al atleta a competir no solo contra otros sino contra una cifra (Brohm, 1976). Este parteaguas ya vislumbraba en algún sentido una modificación de algunos de los valores preliminares expuestos que procedían desde las lógicas primarias, y que, serían base rectora para el deporte moderno en adelante.

Este proceso de racionalización alcanza un punto de inflexión en 1863, cuando, en la taberna de Freemansons de Londres, representantes de distintos clubes y escuelas inglesas (12 equipos londinenses) y colegios, se reunieron con el propósito de unificar criterios y establecer un conjunto de reglas comunes de juego, que hasta entonces variaban de un lugar a otro y carecían de normas comunes (Fernández & Soto, 2018). En este punto, el fútbol heredó el marco ideal de la caballería y el *fair play*, pero lo insertó en una estructura burocrática de reglamentos minuciosos que eliminaron la improvisación “artesanal en favor de la eficacia técnica; surge así la Football Association, primer órgano encargado de regular este deporte, instaurando también una nueva forma de entenderlo: el fútbol dejó de ser una práctica abierta, sujeta a variaciones locales y a una lógica más espontánea, para convertirse en un sistema normado, medible y replicable. De este modo, la institucionalización del fútbol no solo ordenó el juego, sino que transformó su naturaleza, subordinando la improvisación y la dimensión lúdica a una lógica de control y sistematización que anticipa su desarrollo posterior (Fernández & Soto, 2018). El “nacimiento” en la taberna de Freemansons en 1863, de alguna forma otorgó al fútbol su primer sentido fraterno: diferencias que se tratarían en el campo de juego, con un cuerpo de reglas en teoría válidas para todos, una suerte de ley común permitiendo una experiencia de asociación libre y democrática (Fernández & Soto, 2018). Además, esta codificación de 1863, heredó el marco ideal de la caballería, que dio origen al valor del *Fair Play* (Juego Limpio) como una ética de lealtad y honestidad, el jugar por el honor y

la virtud (desde una lógica más humanista); además, el honor sobre la victoria implicaría que, no se incluyeron árbitros inicialmente porque se asumía que entre caballeros, nadie cometería una falta intencionada, este es el valor fundacional de la palabra de honor en el fútbol (Sánchez, 2019).

La expansión del fútbol fuera de Inglaterra no puede entenderse como un proceso espontáneo, ni como el resultado de un atractivo lúdico, sino como parte de una dinámica más amplia, vinculada a la expansión del desarrollo capitalista británico en el siglo XIX. En este ambiente, el deporte se desplazó con las redes comerciales, industriales y militares del imperio: marineros, ingenieros, comerciantes, funcionarios que llevaron consigo no solo mercancías, sino prácticas culturales para acompañar la vida cotidiana de las comunidades británicas que colonizaban el extranjero (Brohm, 1976). El fútbol logró este desarrollo siguiendo esta bandera, evidenciando que su difusión global estuvo estrechamente ligada a circuitos de intercambio y a la consolidación de nuevas formas de organización social. Entre finales del Siglo XIX y principios del XX, la fundación de asociaciones en países como Holanda, Argentina, Chile, o España, da cuenta de una adopción que no fue simplemente imitativa, sino estructural: un fútbol integrado en sociedades que atravesaba procesos de modernización y consolidación capitalista, reproduciendo en ellas sus reglas, formas de organización jerarquización y competencia (Brohm, 1976). De este modo, el fútbol configura sus inicios como fenómeno global cuya expansión no se puede separar de las condiciones materiales que lo hicieron posible, anticipando su posterior desarrollo como industria nacional.

Es importante en este contexto, comprender que, además para mediados del siglo XIX, en las escuelas públicas inglesas (Eton, o Rugby), el fútbol no nació para hacer dinero, sino para forjar el carácter, creyendo que, el valor del esfuerzo físico extremo y la disciplina del juego purificaban el alma, creaban hombres rectos y utilizaban al deporte como un vehículo de la moral del “gentleman”, que no engañaba, para el que el honor valía más: a esta circunstancia se le conoció como el *Muscular Christianity* (Cristianismo Muscular), que sostenía que el cuerpo robusto, el autocontrol en medio de este fútbol extremadamente violento, el valor residía en recibir un golpe y no devolverlo, en caer y levantarse sin quejas, una especie de *manliness* (u hombría ética), que evidentemente a día de hoy sería muy cuestionable. Thomas Arnold, sería clave también la reforma

de la escuela en Rugby (no el deporte), que pasó de ser un caos a un sistema de valores definido por el capitán del equipo, con autoridad moral en donde el juego fungiría como un laboratorio de liderazgo y sacrificio (Watson & Parker, 2014). Esta corriente ideológica que articuló la práctica deportiva con un proyecto moral y formativo, que además juntaba esa ética cristiana con la rectitud individual delimitó esa consonancia heredada de la cultura occidental y de ciertos de los preceptos ya establecidos en Grecia desde la antigüedad (Watson & Parker, 2014). No es menor que el código de honor estuviere implícito en exceder la mera reglamentación formal, y, que el gentleman no necesitase de esa sanción externa para comportarse, por ello, aunque la *muscular christianity* pudiese ser cuestionable, supondría un contraste de manera crítica con cierta de las prácticas contemporáneas, como la simulación o el engaño estratégico, en las que la lógica del resultado parece imponerse sobre el valor del honor, evidenciando una transformación en los fundamentos morales del juego.

Estas bases comenzaron a articularse con formas de pertenencia colectiva, la disciplina, el autocontrol, la rectitud, inicialmente concebidos como atributos del sujeto, encontraron en el desarrollo del juego un espacio donde podían ser compartidos, reproducidos y reconocidos en comunidad. Es en este tránsito donde emerge el ideal amateur, no como ruptura, sino como extensión de ese horizonte ético en el que la práctica deportiva deja de centrarse exclusivamente en la formación del carácter individual para integrarse en dinámicas sociales más amplias, donde el compromiso, la lealtad y la representación colectiva adquieren un papel central.

Previo a la consolidación del profesionalismo y con estos antecedentes relatados, el fútbol se desarrolló bajo un ideal amateur que privilegiaba la participación (cabe señalar que en su gran mayoría masculinizada y de las élites) por encima de la remuneración. Jugar no respondía a una lógica mercantil, sino a una forma de pertenencia social en la que los equipos representaban comunidades concretas: barrios, fábricas, escuelas o asociaciones locales. El deporte funcionaba con ese espacio de identificación colectiva, donde el reconocimiento no se medía en términos económicos, sino simbólicos, reforzando vínculos sociales y formas de arraigo (Holt, 1989). Si bien, ya existió una actividad pedagógica sometida a reglas orientadas, este proceso de codificación implicó la estandarización del juego y su inserción en un proyecto moral más amplio, que, aunque



privilegiaba los espacios y agremiaciones de la élite, fue apropiado hacia finales del siglo XIX por la clase trabajadora, particularmente en las regiones industrializadas del norte y los Midlands, donde encontró un terreno fértil para su desarrollo (Holt, 1989). Los trabajadores adoptaron el juego, lo resignificaron y lo convirtieron en este mencionado espacio de identidad colectiva y de representación social. El profesionalismo se legalizó en 1885 y marcó un punto de inflexión de la trayectoria, pues, aunque supuso ciertas trabas, logró permitir con el paso del tiempo que jugadores provenientes de la clase trabajadora pudieran competir en condiciones con los equipos amateur de la élite (Holt, 1989); este cambio no solo transformó las condiciones materiales del juego, sino que consolidó un carácter popular que se ampliaba, que no avizoraba los alcances de la densidad social, la masividad y en gran medida su vitalidad histórica. Es por esto que, esta doble genealogía permitiría comprender al fútbol no solo como un deporte, sino como un fenómeno atravesado por tensiones de clase que han configurado su desarrollo y valores desde sus orígenes.

3. Ideario originario desde el Mundial de Fútbol.

Ahora bien, existe una suerte de narrativa común entre el olimpismo y el Mundial de fútbol, pues ambos surgieron de la misma raíz humanista y pedagógica, caminaron juntos durante las primeras décadas del siglo XX, pero sufrieron una ruptura debido a la tensión entre el ideal de amateurismo y la realidad del profesionalismo (Tissembaum, 2024) -No olvidemos, que, se trataba dado el contexto, de una práctica predominantemente masculinizada y de práctica inicialmente de élites que tenían el acceso al reglamento y el conocimiento de las dinámicas de juego-. Mientras el movimiento olímpico moderno fue revivido por Pierre de Coubertin en 1896 y la FIFA se fundó en 1904, ambos compartían el ideario del muscular christianity, siendo el fútbol incluido en los Juegos Olímpicos de París en 1900 y para 1924, la FIFA asumió formalmente la organización del torneo olímpico de fútbol, lo que consolidó una línea de trabajo conjunta bajo los valores de la paz, la lealtad, el esfuerzo como purificador del alma y por ende, el torneo olímpico era considerado el campeonato mundial de facto (Tissembaum, 2024).

Ahora, si bien el muscular christianity dotó al deporte moderno de un fundamento moral orientado a la formación del carácter, su desarrollo histórico

no estuvo exento de tensiones y ambigüedades. En efecto, la articulación entre disciplina física, virtud moral y rectitud espiritual constituyó un aporte significativo en la configuración del ideario deportivo al concebir en el cuerpo un medio para el perfeccionamiento integral del individuo, sin embargo, esta misma articulación abrió la puerta a una serie de apropiaciones que desbordaron su intención formativa original. Diversos análisis han señalado que el énfasis en la fortaleza física y la virilidad contribuyó a la consolidación de modelos de masculinidad rígidos, en los que el valor del individuo quedaba asociado a su capacidad de resistencia, competencia y dominio corporal (Putney, 2001) esta concepción no solo tendía a excluir otras formas de experiencia, particularmente aquellas vinculadas a lo femenino o a la fragilidad, sino que favorecía una lectura del deporte como espacio de afirmación de jerarquías, más que de reconocimiento mutuo. La idea del gentleman entonces, podía coexistir con formas sutiles de exclusión que limitaban el alcance universal de los valores que proclamaba. Además, la corriente se vinculó históricamente con los proyectos imperiales británicos al integrar la formación física dentro de una lógica de preparación para el servicio y la expansión; Putney (2001), señala la promoción de cuerpos disciplinados, vigorosos, que también respondía a la necesidad de un imperio en crecimiento, donde la fortaleza física se convertía en un recurso funcional para la administración y defensa de sus dominios; esta asociación entre virtud, cuerpo y poder introduce una tensión significativa al acercar el discurso ético del deporte a dinámicas de dominación que parecen contradecir su pretensión universalista. No obstante, más que un modelo puramente virtuoso o completamente problemático, se trata de un punto de partida atravesado por tensiones entre formación moral, disciplina social y proyección política, por eso, se trata de reconocer en esta corriente esa ambivalencia que resulta fundamental en el análisis en la medida en que permite situar el ideario original del fútbol no como un bloque homogéneo, sino como un campo en disputa con contradicciones que anticipan, en cierta medida, las transformaciones de deporte contemporáneo.

Volviendo al punto, el foco de la conflictividad se torna aproximadamente hacia 1925, cuando la línea que unía la visión del Comité Olímpico Internacional, fiel a la visión de Coubertin, permitía únicamente la participación de atletas amateurs (sin remuneración), y, cuando el fútbol crecía, rápidamente como industria, el conflicto detonó por la compensación por un sueldo perdido

(*broken- time pay*), que quería pagar a los jugadores por el salario que dejaban de percibir en sus empleos reales durante la competencia (Tissembaum, 2024).

En los juegos de Ámsterdam de 1928, el CIU cedió bajo presión económica (el fútbol evidentemente era el deporte que más dinero generaba al evento) y permitió estas compensaciones provisionalmente, pero, ante esta avanzada y sin el ánimo de volver al amateurismo rígido, Jules Rimet (abogado y dirigente deportivo francés, quien fuere presidente de la FIFA e impulsor de la Copa Mundial de Fútbol, la primera disputada en 1930) y la FIFA, aprobaron la creación de un campeonato mundial independiente (Tissembaum, 2024), dando lugar a una separación definitiva entre 1930 (el primer campeonato) y en 1931 (cuando la FIFA oficializó el profesionalismo, distanciándose de esta definición olímpica) (Tissembaum, 2024).

La visión utopista de Rimet, radicaba y simbolizaba (de nuevo) ese espíritu humano y la unión de los pueblos a través del deporte, una misión que buscaba evitar los campos de batalla tras la Primera Guerra Mundial (Fernández & Soto, 2018), este contexto marcado por las secuelas, aspiraba en la copa una aspiración de convertir el fútbol en este escenario fraterno, donde la confrontación simbólica, deportiva, sustituyera el conflicto armado. Así, el torneo no solo representaba una competencia deportiva, sino la materialización de la de esa articulación del lenguaje común sustentada en el reconocimiento mutuo y la convivencia pacífica (Murray, 1994). Por ello, la propuesta de Rimet en comienzo no puede hablarse solo de una iniciativa organizativa, sino a un proyecto que de alguna forma también buscaba reinstalar en el plano internacional el horizonte humanista del deporte, y para el caso, del fútbol.

4. ¿Y después? Del proyecto humanista a las lógicas del poder.

Parte de esta reconstrucción histórica permite identificar que el desarrollo del fútbol moderno no fue un proceso neutral, sino que estuvo orientado por un conjunto de valores que le otorgaron en otrora sentido y legitimidad social. Este entramado podría hoy comprenderse por una aspiración utópica que la misma FIFA señala de forma reciente algunos principios como: la inclusión, el respeto, el juego limpio y el impacto social del fútbol, que aprovechan la enorme popularidad futbolera para difundir el mensaje positivo al conjunto de la sociedad (FIFA, 2021); esta aproximación puede conceptualmente casi referir un “cuadro

de valores”, que, guardaría alguna convergencia con el propósito en el ideario de Jules Rimet, no obstante, es precisamente este punto donde se vuelve necesario interrogar sobre esta ruptura histórica que estaremos por ver a continuación, analizando las formas en que este conjunto de valores ha sido progresivamente reconfigurado, no para afirmar su desaparición, pero sí, para analizar las tensiones, casos y la subordinación a las lógicas que responden a estructuras de poder más amplias. A partir de este punto, el análisis se encarrila al plano más crítico, que, si bien encuentra en estos valores el horizonte normativo de la consolidación del fútbol moderno, hace hincapié en que este proceso progresivo histórico toma otros rumbos, tensiones, apropiaciones y desplazamientos. Este pentagrama de valores lejos de mantenerse como un marco rector estable, insta a repensar en la existencia de esa reconfiguración en función de contextos políticos, económicos, mediáticos específicos, en los que el fútbol deja de operar como espacio de formación, encuentro y convivencia para integrarse a las dinámicas más amplias del poder. El problema en ese sentido no radica en la desaparición de dichos valores, sino en las formas en las que estos son reinterpretados, instrumentalizados o subordinados, dando lugar a esa transformación profunda del significado social del fútbol, por ello se ha acudido a llamarlo como la “herencia traicionada”, en donde ese sentido fraterno ha volcado casi anulando las raíces que le convocaron en su pasado.

Bajo este nuevo escenario, el proyecto humanista que había orientado los primeros años del fútbol internacional empezó a mostrar tensiones cada vez más evidentes frente a las dinámicas políticas del siglo XX. Más que un espacio neutral, los grandes eventos deportivos fueron convirtiéndose —poco a poco— en plataformas de legitimación ideológica. Un caso bastante claro es la Copa del Mundo de 1934 en Italia, organizada en plena consolidación del régimen fascista de Benito Mussolini. Ahí, el triunfo deportivo no solo fue celebrado como logro atlético, sino utilizado como evidencia simbólica de superioridad nacional (Gameros, 2010). Desde esta perspectiva, el torneo dejó de ser únicamente competencia para funcionar también como un dispositivo político. En otras palabras, aquello que en el ideario de Jules Rimet aparecía como lenguaje universal de encuentro, comenzaba a ser apropiado con fines muy distintos.

Algo similar —aunque todavía más evidente— ocurrió en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, bajo el régimen nazi de Adolfo Hitler. En este caso, el

deporte fue cuidadosamente escenificado como vitrina del proyecto político del Tercer Reich, la puesta en escena, la disciplina corporal y la estética del evento no fueron casuales: respondían a una lógica de proyección ideológica a escala global. Como señala Allen Guttman, el deporte moderno no puede separarse de los procesos de racionalización y control social propios de la modernidad (Guttman, 1978). Dicho de forma más directa: el deporte no solo refleja la sociedad, también ayuda a organizarla y, en ciertos casos, a disciplinarla. Aquí, el ideal humanista no desaparece, pero claramente empieza a quedar subordinado.

La interrupción de la Copa del Mundo entre 1938 y 1950, a raíz de la Segunda Guerra Mundial, terminó por evidenciar los límites de ese ideal pacifista. Incluso antes del estallido del conflicto, la posibilidad de organizar el torneo de 1942 en Alemania ya dejaba ver lo frágil que era la pretendida neutralidad del fútbol (Giulianotti, 1999). Después de la guerra, la reanudación en Brasil 1950 no significó un “regreso” inocente a los valores iniciales, sino más bien su reubicación en un nuevo orden internacional atravesado por la Guerra Fría. En ese contexto, como plantea Murray (1994), el deporte siguió funcionando como un espacio simbólico donde las tensiones globales encontraban formas indirectas de manifestarse. Es decir, la idea de fraternidad seguía presente, pero convivía —no siempre de manera cómoda— con nuevas formas de confrontación.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, estas tensiones se volvieron más visibles en contextos concretos. El caso de México 1970 es ilustrativo: la Copa del Mundo se desarrolló muy poco tiempo después de la Matanza de Tlatelolco, lo que generó expresiones de rechazo hacia el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz incluso dentro de los estadios (Varela Hernández, 2014). Esto muestra algo importante: el fútbol no logra aislarse de las fracturas sociales, sino que puede amplificarlas. El espectáculo, en lugar de ocultar completamente el conflicto, también puede convertirse en un espacio donde éste se hace visible.

En una línea parecida, el proceso clasificatorio hacia Alemania 1974 estuvo marcado por tensiones políticas internacionales. El caso del partido entre Chile y la Unión Soviética, tras el ascenso de Augusto Pinochet, es especialmente revelador. La negativa soviética a jugar en el Estadio Nacional de Santiago —denunciado como centro de detención— puso sobre la mesa los límites éticos del deporte en contextos de violencia estatal (Gameros, 2010). Aquí ya no se trata

solo de tensiones implícitas: el conflicto político atraviesa directamente la práctica deportiva.

El Mundial de Argentina 1978 lleva esta discusión a un punto todavía más crítico. Organizado durante la dictadura de Jorge Rafael Videla, el torneo fue presentado como un “Mundial de la paz”, mientras operaba, casi en paralelo, un sistema de represión y desaparición forzada. La cercanía entre el estadio Monumental y centros clandestinos como la ESMA no es un detalle menor: simboliza de forma muy concreta la convivencia entre espectáculo y violencia. En este contexto, el fútbol funcionó como herramienta de legitimación internacional del régimen (Fernández & Soto, 2018). A esto se suman las sospechas en torno al partido Argentina–Perú y decisiones individuales como la de Johan Cruyff de no participar, lo que refuerza la idea de que el deporte está lejos de ser un espacio “puro” o aislado.

Finalmente, a partir de la década de 1970, estas dinámicas políticas comenzaron a articularse con una transformación económica de fondo. Con la llegada de João Havelange a la presidencia de la FIFA en 1974, y posteriormente el ascenso de Joseph Blatter, el fútbol internacional adoptó una lógica cada vez más orientada al mercado. La entrada de empresas como Coca-Cola, Adidas y Canon no fue un simple patrocinio: marcó un cambio estructural. A partir de ahí, el fútbol empezó a consolidarse como un producto global altamente rentable. En este proceso, la comercialización de derechos televisivos y el desarrollo del marketing deportivo —impulsados por actores como Horst Dassler— transformaron profundamente la lógica del deporte (Gordon, 2022). En pocas palabras, el fútbol no solo se vinculó con el poder político, sino también con el económico, configurando un entramado mucho más complejo.

En conjunto, este recorrido permite identificar una transición progresiva: del proyecto humanista que concebía el fútbol como espacio de encuentro y mediación simbólica, hacia un campo atravesado por lógicas de poder que lo resignifican constantemente. Más que una ruptura absoluta, se trata de una reconfiguración en la que los valores fundacionales persisten, pero subordinados a dinámicas políticas y económicas que condicionan su sentido en el escenario contemporáneo.

A partir de la década de 1980, el fútbol internacional no solo consolidó

su dimensión global, sino que profundizó su articulación con procesos económicos y mediáticos de gran escala. El Mundial de España 1982 marcó un punto de inflexión en términos de expansión del torneo (24 selecciones) y crecimiento de las audiencias televisivas, lo que reforzó la centralidad de los derechos de transmisión como eje económico del fútbol global (Giulianotti, 1999). En este contexto, el deporte comenzó a configurarse de manera más clara como industria cultural, donde el espectáculo se producía y distribuía bajo lógicas de mercado.

En este entramado entre deporte, poder y economía, resulta especialmente revelador el caso de Colombia como sede frustrada del Mundial de 1986. Inicialmente designado por la FIFA, el país renunció oficialmente en 1982, en un contexto atravesado por profundas limitaciones económicas, crisis institucional y una escalada sostenida de violencia interna. Más allá de la incapacidad material para cumplir con las exigencias logísticas del evento, la decisión también evidenció tensiones con el modelo organizativo de la FIFA, particularmente en relación con las crecientes demandas económicas, comerciales y de infraestructura que implicaban beneficios desproporcionados para el organismo rector.

En este sentido, la negativa colombiana puede leerse como una resistencia —aunque condicionada— frente a un esquema que ya comenzaba a consolidar prácticas cercanas a la imposición de condiciones asimétricas y beneficios concentrados. Como sugiere Varela Hernández (2014), el fútbol y sus megaeventos no operan en un vacío, sino que se insertan en realidades sociales específicas, donde las prioridades nacionales pueden entrar en conflicto con las lógicas del espectáculo global. En el caso colombiano, el contexto de violencia política, el fortalecimiento del narcotráfico y la fragilidad del Estado configuraban un escenario en el que la organización de un Mundial resultaba no solo inviable, sino políticamente problemático. Así, la renuncia de Colombia no solo anticipa las tensiones que más adelante se harían evidentes en otros países anfitriones, sino que también permite observar de manera temprana cómo el proyecto humanista y universalista del fútbol comenzaba a ceder frente a dinámicas de poder, rentabilidad y gobernanza desigual. Lejos de ser una excepción, este episodio se inscribe en la transformación estructural del fútbol en un campo donde los intereses económicos y políticos tienden a imponerse sobre las realidades sociales locales.

El Mundial de México 1986, por su parte, se desarrolló en medio de una profunda crisis económica nacional tras la crisis de la deuda de 1982. A pesar de ello, el evento fue proyectado como símbolo de estabilidad y capacidad organizativa del Estado, evidenciando nuevamente la función del fútbol como mecanismo de representación política. Como sugiere Varela Hernández (2014), el entusiasmo mundialista convivía con tensiones sociales estructurales, lo que pone en cuestión la idea del deporte como espacio de integración plena.

En Italia 1990, el torneo se celebró en un contexto de transición global marcado por el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, lejos de una despolitización, el evento reflejó nuevas formas de orden internacional, donde el fútbol acompañaba la reconfiguración geopolítica. En este sentido, el deporte comenzó a insertarse en una lógica globalizada más compleja, donde identidad, nación y mercado se entrelazaban (Giulianotti, 1999).

El Mundial de Estados Unidos 1994 representó la consolidación definitiva del fútbol como espectáculo global de masas en clave comercial. Organizado en una potencia sin tradición futbolística fuerte, el torneo respondió más a criterios de mercado y expansión mediática que a historia deportiva. En este contexto, la muerte del jugador colombiano Andrés Escobar tras anotar un autogol evidenció las conexiones entre fútbol, violencia y economías ilegales, mostrando que el deporte también puede ser atravesado por dinámicas criminales (Giulianotti, 1999).

Francia 1998 introdujo una narrativa distinta, centrada en la diversidad y la multiculturalidad, particularmente a través de la selección campeona liderada por Zinedine Zidane. No obstante, esta imagen de integración nacional también ha sido leída críticamente como una construcción simbólica que no necesariamente reflejaba las tensiones sociales internas de la sociedad francesa (Bromberger, 1995).

Este recorrido histórico del siglo XX, permitió observar que este proyecto basado en valores como la universalidad, el respeto, la integración y el juego limpio, ha sido progresivamente tensionado por dinámicas estructurales de poder político y económico. Lejos de operar como un campo autónomo, el fútbol se ha configurado como un espacio estratégico donde convergen intereses estatales, corporativos y geopolíticos, reconfigurando el sentido mismo de sus

valores fundacionales. Lo que en el plano se presenta como un “pentagrama” ético orientado al desarrollo humano, en la práctica se traduce en un dispositivo de legitimación que convive y en ocasiones se subordina a lógicas de mercado, propaganda y gobernanza desigual. Los casos brevemente revisados comprenden desde los usos propagandísticos en regímenes autoritarios, pasando por las tensiones sociales en América Latina (principalmente), hasta la consolidación del modelo comercial global; no deberían entenderse como anomalías, sino como expresiones de una transformación más amplia del fútbol en tanto fenómeno social.

La renuncia de Colombia a la organización del Mundial de 1986, las protestas en Brasil 2014 o las controversias en torno a Qatar 2022 evidencian que los valores proclamados no desaparecen, pero sí son constantemente disputados, reinterpretados y, en muchos casos, instrumentalizados. De este modo, el fútbol contemporáneo no abandona su dimensión simbólica y cultural, pero la reconfigura bajo condiciones donde el poder —económico, político y mediático— define cada vez más los límites y alcances de aquello que, en principio, se presenta como un proyecto universal.

5. Entrada el siglo XXI: expansión global, mercado y contradicciones.

Sería innegable entender el giro estructural que supuso la llegada de João Havelange a la presidencia de la FIFA en 1974. Bajo su liderazgo, el organismo dejó de operar únicamente como garante del desarrollo deportivo para consolidarse como una plataforma global de negocios, articulada a intereses políticos, comerciales y mediáticos. Este proceso no implicó la desaparición del discurso humanista que históricamente ha acompañado al fútbol —basado en valores como la universalidad, el respeto y el juego limpio—, pero sí su reconfiguración en función de nuevas lógicas de acumulación y poder.

Ahora bien, se entra al siglo XXI, El Mundial de 2002, organizado conjuntamente por Corea del Sur y Japón, marcó la consolidación de la expansión geográfica del fútbol hacia Asia. Más allá de su carácter histórico como primera sede compartida, el torneo respondió a una estrategia clara de la FIFA por integrar nuevos mercados al circuito global del espectáculo deportivo (Giulianotti, 1999). En este sentido, el fútbol reafirmó su condición de industria cultural

transnacional, donde la universalidad proclamada se articula con intereses económicos y mediáticos.

El Mundial de Alemania 2006 fue presentado como una celebración global marcada por la apertura y la hospitalidad. Sin embargo, detrás de esta narrativa emergieron tensiones vinculadas al control de la violencia, el racismo y la seguridad. La detención preventiva de hooligans ingleses y las restricciones de movilidad evidenciaron un modelo de vigilancia reforzada en torno al evento. Al mismo tiempo, episodios como la presencia de símbolos nazis entre aficionados o las advertencias a personas “con apariencia extranjera” sobre ciertas zonas del país reflejaron la persistencia de tensiones raciales en el contexto europeo contemporáneo. Aunque se impulsaron campañas antirracistas y se limitaron movilizaciones de extrema derecha, el torneo dejó ver que el fútbol global no está exento de reproducir exclusiones sociales. Así, el Mundial operó como vitrina de apertura, pero también como dispositivo de control y regulación social en nombre del espectáculo

La realización del Mundial en Sudáfrica fue celebrada como un hito histórico en términos de inclusión global. No obstante, el evento también expuso contradicciones profundas entre el discurso de desarrollo y las condiciones reales. Más allá de su dimensión simbólica, se registraron prácticas culturales controversiales —como sacrificios animales vinculados a creencias locales— que fueron objeto de debate internacional, así como críticas por el impacto económico desigual. En este caso, el fútbol funcionó como promesa de integración, pero con beneficios limitados para amplios sectores sociales, evidenciando que el legado de estos eventos suele ser más simbólico que estructural.

El Mundial de Brasil 2014 condensó de manera clara la tensión entre espectáculo y derechos sociales. A los sobrecostos en infraestructura se sumaron accidentes laborales —incluyendo la muerte de trabajadores— y un amplio ciclo de protestas que cuestionaban el uso de recursos públicos. Movimientos sociales denunciaron que la inversión multimillonaria contrastaba con déficits en vivienda, salud y educación. Las manifestaciones, reprimidas en varios casos por fuerzas de seguridad, evidenciaron una fractura entre el proyecto global del fútbol y las demandas ciudadanas. Incluso en un país profundamente futbolero, el evento fue resignificado como símbolo de desigualdad (Zirin, 2014).

En 2016, la FIFA incorporó en sus estatutos un compromiso formal con los derechos humanos, seguido por la adopción de una política específica en 2017 y la creación de instancias asesoras. Bajo la presidencia de Gianni Infantino, este giro buscó responder a críticas crecientes. Sin embargo, esta institucionalización plantea una tensión: si bien reconoce problemáticas estructurales, también puede operar como mecanismo de legitimación sin transformar de fondo las dinámicas de poder que atraviesan al organismo.

El Mundial de Rusia 2018 se desarrolló en un contexto de tensiones internacionales tras la anexión de Crimea y el conflicto en Ucrania. A ello se sumaron denuncias sobre persecución a activistas, violencia contra defensores de derechos humanos y discriminación hacia comunidades LGBTI. Casos de acoso sexista, controversias mediáticas y campañas publicitarias problemáticas evidenciaron que el evento no estuvo exento de desigualdades de género. En este escenario, el Mundial operó como herramienta de proyección internacional, donde el control de la imagen resultó central.

El Mundial de Qatar 2022 representa una de las tensiones más agudas del fútbol global contemporáneo. La organización del torneo estuvo marcada por denuncias sobre condiciones laborales precarias, endeudamiento de trabajadores migrantes, restricciones a la movilidad y dinámicas cercanas al trabajo forzoso. Informes de Amnesty International (2021) documentaron condiciones de vida deficientes, impago de salarios y sistemas de control que limitaban la autonomía de los trabajadores. A ello se sumaron restricciones a derechos civiles, incluyendo la criminalización de la diversidad sexual y la prohibición de manifestaciones como el brazalete “One Love”, avaladas por la FIFA en nombre de la neutralidad. Las cifras de muertes de trabajadores —aún inciertas— y los reportes de la OIT refuerzan la gravedad del caso. Así, Qatar no solo evidencia las contradicciones del modelo, sino que las amplifica, posicionándose como un punto de inflexión donde el discurso de valores entra en abierta tensión con las condiciones del espectáculo global.

Es en esa brecha entre discurso y materialidad donde adquiere sentido la noción de “herencia traicionada”: no como metáfora nostálgica, sino como diagnóstico de un proceso histórico en el que el sentido fraterno del deporte se mantiene enunciado, pero progresivamente erosionado en su capacidad de

estructurar la experiencia real del fútbol contemporáneo. El problema, en este punto, no es únicamente la distancia entre valores y prácticas, sino la consolidación de esa distancia como parte constitutiva del propio modelo de gobernanza del fútbol global.

En consecuencia, el análisis del siglo XXI no puede limitarse a registrar tensiones aisladas entre eventos, sino que debe entenderse como la cristalización de un régimen estable de contradicciones, donde la universalidad proclamada del fútbol coexiste con mecanismos sistemáticos de exclusión y jerarquización. Este escenario prepara el terreno para el caso del Mundial de 2026, donde dichas tensiones no solo se intensifican, sino que adquieren una dimensión explícitamente geopolítica, en un contexto atravesado por nuevas configuraciones de poder y por la reaparición de discursos políticos que reordenan el sentido del evento deportivo a escala global.

6. 2026: el Mundial de la excepción permanente. Seguridad, mercado y fractura del ideal fraterno

De vuelta a Brohm (1976), asistiríamos hoy a un deporte moderno que se consolidó como espectáculo, integrándose plenamente a la lógica de la mercancía. Atletas convertidos y convertidas en figuras mediáticas, son presentados como objetos de consumo, mientras que el propio evento deportivo se configura como producto global. Esta espectacularización no solo amplifica su alcance, sino que refuerza su función ideológica al articular cuerpo, comunicación y mercado en una misma estructura. El entramado, entonces, no solo refleja las dinámicas del sistema, sino que reproduce activamente en la formación de subjetividades, la organización del tiempo social y la construcción de imaginarios colectivos (Brohm, 1976, pp. 53-54).

El Mundial de 2026 permite observar una forma ampliada de interrogantes que no tratan únicamente del encarecimiento de los boletos o de la mercantilización del espectáculo, sino de una reorganización más profunda de la experiencia futbolera: ¿quién entra o no al estadio, quién puede acercarse a sus alrededores, quién puede hospedarse en las ciudades sede, quién puede cruzar una frontera, usar los signos comerciales del torneo, transmitir un partido, y quién queda reducido a mirar desde afuera una fiesta que históricamente se presentó como universal? En ese sentido, el Mundial no cancela la alegría del fútbol,



pero cerca mediante dispositivos económicos, urbanos, jurídicos, migratorios y securitistas a una buena parte de la población. La fiesta permanece, aunque cada vez más administrada por filtros de acceso, propiedad, vigilancia y consumo.

Con Canadá, existe el impacto urbano y económico asociado a la organización del torneo en ciudades como Toronto y Vancouver, donde los procesos de turistificación y encarecimiento del espacio urbano tienden a intensificarse con la llegada de megaeventos. Aunque Canadá no presenta el nivel de conflictividad que otros países del bloque anfitrión, sí comparte una lógica de transformación urbana orientada al consumo global, donde el acceso a la ciudad se reorganiza en función de circuitos de inversión, movilidad internacional y espectáculos de gran escala (Amnesty International, 2025). Este fenómeno, ampliamente documentado en la literatura sobre megaeventos deportivos, tiende a producir beneficios concentrados y efectos excluyentes para sectores populares.

El caso mexicano para el Mundial de 2026 es más alarmante, se inserta en una estructura de violencia que desborda cualquier narrativa celebratoria del evento. La magnitud de la crisis de desapariciones en el país —con más de 100 mil personas sin localizar según el Registro Nacional de Personas Desaparecidas— evidencia un contexto de impunidad estructural que organismos como Human Rights Watch y Amnistía Internacional han documentado de forma reiterada (Amnesty International, 2023; Human Rights Watch, 2025). En este marco, la proximidad de algunas sedes a zonas donde se han localizado fosas clandestinas no solo tensiona el discurso de “fiesta global”, sino que expone una contradicción radical entre la espectacularización del deporte y la persistencia de una violencia que permanece normalizada en el territorio.

Parte de esta ambivalencia se observó en Monterrey, donde aficionados suecos se acercaron a madres buscadoras que exhibían fotografías y pancartas de sus familiares desaparecidos antes de un partido (Varela Hernández, 2026). La escena resultó significativa porque muestra una fraternidad que no proviene necesariamente de la institución mundialista, sino de los propios aficionados. Allí el Mundial produce un encuentro humano genuino, pero lo hace sobre el fondo de una crisis que el espectáculo no puede ocultar por completo. En ese sentido, la fraternidad futbolera aparece de forma paradójica: no como promesa administrada por FIFA, sino como gesto espontáneo entre hinchas y víctimas (Varela



Hernández, 2026)

Esta contradicción se vuelve aún más visible cuando se observan los efectos territoriales de los megaproyectos asociados al Mundial. En zonas del sur de la Ciudad de México, como Santa Úrsula Coapa, comunidades locales han denunciado la extracción intensiva de agua vinculada a infraestructura deportiva y comercial, lo que ha sido interpretado por colectivos vecinales como una forma de despojo hídrico (Animal Político, 2024). Informes institucionales y periodísticos han documentado la presión creciente sobre recursos básicos en contextos urbanos altamente desiguales, donde la lógica de inversión global tiende a reconfigurar el acceso a bienes comunes (INEGI, 2023; El País, 2024). Es una suerte de disputa territorial en torno al Estadio Ciudad de México (antes Azteca) y Santa Úrsula Coapa. Diversos reportajes han documentado denuncias vecinales por presión inmobiliaria, aumento de rentas, afectaciones al comercio local y conflictos hídricos como el descrito. El País describió la aceleración de construcciones en colonias aledañas al estadio, mientras The Guardian registró el malestar de vecinos que consideran que los beneficios del Mundial se concentran en empresas y desarrolladores, no en la comunidad. En esa misma línea, Grupo Animal y Dialogue Earth han dado cuenta de reclamos por escasez hídrica, concesiones vinculadas a Televisa y temor a que las obras mundialistas profundicen desigualdades urbanas ya existentes (Garrido, 2025; Woodford, 2025; Aguilar, 2025; Wattenbarger, 2026). En este sentido, el Mundial no solo reorganiza el espacio urbano, sino que también redefine jerarquías de acceso y exclusión en torno a recursos fundamentales.

La alianza entre FIFA y Airbnb profundiza esta lectura (Airbnb, 2025) aunque en discurso institucional presenta el alojamiento temporal como una oportunidad económica para las ciudades sede, también puede intensificar procesos de turistificación, renta corta y encarecimiento urbano. El Mundial no crea por sí solo la gentrificación, pero puede acelerarla, hacerla visible y legitimarla bajo el lenguaje de la derrama económica y la hospitalidad global. La reorganización urbana también afectó a comerciantes y trabajadores informales del entorno del estadio. Las obras y operativos vinculados al Mundial han generado desplazamientos, caída de ventas e incertidumbre sobre reubicaciones. Esta dimensión resulta central porque muestra que la ciudad mundialista no se ordena de manera neutral: selecciona qué usos del espacio son compatibles con la ima-



gen global del evento y cuáles quedan desplazados hacia los márgenes.

La conflictividad social tampoco desapareció ante la inauguración del torneo. Las protestas de la CNTE en Ciudad de México, mostraron que el Mundial también puede convertirse en una vitrina para demandas laborales y sociales no resueltas. Las consignas que advertían que “el balón no rueda” si no había solución condensan una tensión central: el fútbol se presenta como fiesta nacional, pero al mismo tiempo puede ser interrumpido por sectores que denuncian que esa fiesta se realiza mientras persisten precariedades, desigualdades y conflictos materiales (Varela, 2026). Las acciones antimundialistas también recurrieron al propio lenguaje del fútbol para disputar el sentido del evento. La transformación de una avenida en cancha improvisada, descrita por Reuters como una protesta contra el “Mundial del despojo”, permitió denunciar carencias de vivienda, agua, transporte y electricidad mientras se desarrollaban proyectos asociados al torneo (Medina, 2026). En esa misma línea, la llamada “Mega Reta Antififa”, convocada por colectivos de la Asamblea Antimundialista en las inmediaciones de Gran Sur y avenida del Imán, funcionó como protesta performativa: jugar fútbol contra la apropiación corporativa del fútbol (Rivera, 2026; Pacheco, 2026). El gesto es relevante porque no rechaza el juego en sí, sino su captura institucional y mercantil.

Es una narrativa en coexistencia entre una narrativa de integración con los demás efectos y contradicciones, el Mundial en México aparece atravesado por una fricción constante entre visibilidad internacional, lo fervoroso del certamen y la opacidad local, donde la promesa de cohesión global del fútbol se ve interrumpida por la persistencia de ausencias, duelos y territorios fracturados.

Ni qué decir de los Estados Unidos, pues el Mundial de 2026 se configura en un entorno marcado por tensiones geopolíticas crecientes y una politización intensa del propio evento. A las políticas migratorias restrictivas y al endurecimiento de los controles de visado se suma una percepción internacional de mayor selectividad en el acceso al país, lo que ha generado incertidumbre entre aficionados, selecciones y actores institucionales. En este contexto, distintos análisis periodísticos han señalado que el clima de seguridad reforzada y vigilancia en aeropuertos, así como el aumento de mecanismos de control migratorio, contribuyen a una experiencia de entrada percibida como hostil, especialmente

para ciertos países y perfiles de viajeros (DW, 2025b). Paralelamente, las tensiones diplomáticas con actores europeos han alimentado discursos sobre posibles boicots o desincentivos de viaje, en un escenario donde el Mundial deja de ser únicamente un espacio deportivo para convertirse en un terreno de disputa política internacional. La experiencia concreta de ingreso al país aparece mediada por políticas migratorias restrictivas, vigilancia aeroportuaria, filtros consulares y un clima político que convierte la movilidad internacional en un privilegio desigual. Organizaciones de derechos humanos advirtieron sobre un “clima de miedo” para aficionados, periodistas, trabajadores y comunidades migrantes, especialmente por la combinación de restricciones de visado, endurecimiento fronterizo, operativos migratorios y políticas de seguridad interna impulsadas durante la administración de Donald Trump (Ruffin & Dakwar, 2026; Tennery, 2026a). Reuters reportó que Sport & Rights Alliance acusó a FIFA de permitir un clima peligroso de miedo en medio de la política migratoria de Trump, mientras ACLU publicó advertencias sobre riesgos de perfilamiento racial, revisión de dispositivos, vigilancia y restricciones a la protesta (Cooke, Pingue, Shakil, Carroll & Lewis, 2026; DW, 2025a).

El caso iraní muestra que el Mundial no se juega únicamente en la cancha. También se juega en consulados, aeropuertos, bases de concentración, filtros migratorios y sistemas de sospecha. La demora sufrida por integrantes de la delegación iraní en un aeropuerto estadounidense confirma que la frontera no desaparece durante el espectáculo global: se incorpora a su funcionamiento. El equipo participa, pero bajo condiciones excepcionales; compete, pero con movilidad vigilada; aparece dentro del lenguaje universal del torneo, pero su presencia material queda atravesada por la geopolítica entre Washington y Teherán (Alashray & Maher, 2026). Se reportó que retrasaron a Mehdi Taremi y al asistente Saeed Alhoei en Seattle, después de semanas de restricciones de viaje al equipo iraní, además de la no autorización de alojarse en territorio estadounidense, siendo Tijuana (en la frontera) su sitio de concentración, con desplazamientos cansados y sin proporcionar una lógica de igualdad de condiciones.

La exclusión fronteriza también afectó a comunidades de aficionados africanos. Durante el debut de Senegal en Nueva Jersey, migrantes y aficionados internacionales ocuparon simbólicamente el lugar de muchos seguidores senegaleses que no pudieron viajar. Varios aficionados quedaron atrapados por ne-

gativas de visa y que Estados Unidos había suspendido total o parcialmente la emisión de viaje a 39 países, entre ellos algunas naciones participantes del torneo como Irán, Haití, Costa de Marfil y Senegal. De esta manera, la universalidad del fútbol queda fragmentada por pasaportes, consulados y jerarquías de movilidad global: las selecciones pueden llegar y con estrictas condiciones, pero sus comunidades, de forma muy selectiva, no necesariamente pueden acompañarlas (Tennery, 2026b).

El caso del árbitro somalí Omar Abdulkadir Artan profundiza todavía más esta contradicción. Artan había sido seleccionado para participar en el Mundial, pero autoridades estadounidenses le negaron la entrada al país bajo argumentos de seguridad nacional. Reuters informó que Artan, elegido mejor árbitro africano en 2025, estaba llamado a convertirse en el primer somalí en arbitrar en una Copa del Mundo, pero fue rechazado por la autoridad migratoria estadounidense. El episodio resulta significativo porque no se trata solo de un aficionado o de un acompañante, sino de un actor formal del propio juego. Incluso la autoridad arbitral, encargada de aplicar las reglas dentro del campo, quedó sometida a otra autoridad externa: la frontera soberana del país anfitrión (Cooke et al., 2026; Nair, 2026).

A ello se suma la dimensión simbólica del evento, intensificada por la creciente imbricación entre FIFA y actores políticos de alto perfil. Según RTVE, la entrega del denominado “Premio de la Paz” a Donald Trump durante un acto vinculado al sorteo del Mundial ha generado controversia, al interpretarse como un gesto de legitimación política en el marco de un evento deportivo global (RTVE, 2025). Este tipo de episodios refuerza la percepción de que el torneo funciona también como plataforma de proyección política, donde se disputan narrativas de orden, estabilidad y liderazgo global, más allá del terreno de juego.

Volvemos sobre el recurso de exclusión económica del modelo estadounidense. El Mundial 2026 fue descrito por Pingue (2026) como el más caro de la historia para los aficionados, con precios elevados en boletos, hospedaje y reventa. La adopción de precios dinámicos por parte de FIFA empujó boletos de reventa de primera ronda por encima de los 1,000 dólares y convirtió el acceso al estadio en una experiencia crecientemente asociada con sectores de altos ingresos. Legisladores estadounidenses pidieron a FIFA reducir los precios, se-

ñalando que el modelo de precios dinámicos había transformado el torneo en una empresa excluyente y orientada a la ganancia, en detrimento de aficionados, comunidades sede y contribuyentes públicos (Pingue, 2026)

En conjunto, el escenario estadounidense del Mundial 2026 condensa una serie de tensiones estructurales que afectan tanto su dimensión material como simbólica. El aumento de los costos de viaje y alojamiento, la posibilidad de deserción silenciosa de aficionados europeos, las restricciones migratorias y la percepción de un entorno securitizado configuran un contexto donde la promesa de universalidad del fútbol se ve erosionada. Incluso las crisis vinculadas a derechos civiles y diversidad, particularmente en relación con comunidades LGBTIQ+, contribuyen a reforzar la idea de un evento atravesado por contradicciones profundas entre su discurso inclusivo y las condiciones reales de su organización. Así, el Mundial en Estados Unidos aparece menos como un espacio neutral de encuentro global y más como un dispositivo donde la hospitalidad deportiva se encuentra mediada por dinámicas de control, exclusión y disputa geopolítica.

En síntesis, Estados Unidos condensa una forma específica de exclusión mundialista: la exclusión por frontera, dinero y legitimación política. Ya no se trata únicamente de quién puede pagar un boleto, sino de quién puede cruzar legalmente, quién es considerado visitante legítimo, quién es tratado como riesgo, quién queda fuera antes incluso de llegar al estadio y quién es convertido en símbolo político dentro de la escenografía del torneo. En esa dimensión, el Mundial 2026 revela una fractura profunda del ideal fraterno del fútbol: un evento que habla de unión entre pueblos, pero que se realiza bajo un régimen donde la movilidad, la presencia física, la visibilidad y la pertenencia están mediadas por vigilancia, visados, dinero y jerarquías geopolíticas.

En conjunto, el Mundial de 2026 no puede entenderse únicamente como una expansión técnica del torneo, sino como una reconfiguración profunda de su sentido histórico. La articulación entre Estados Unidos, México y Canadá revela un mismo patrón de gobernanza del megaevento: un espacio global altamente regulado donde la movilidad, el acceso y la visibilidad están condicionados por dispositivos de seguridad, desigualdad económica y filtrado político. En Estados Unidos, la securitización y las restricciones migratorias tensionan la promesa de



hospitalidad global; en México, la celebración convive con una crisis estructural de desapariciones y violencia territorial; y en Canadá, incluso dentro de una narrativa de estabilidad, emergen advertencias sobre exclusión urbana y afectaciones a poblaciones vulnerables en el marco de la preparación del evento (Amnesty International, 2025).

El Mundial de 2026 expresa así una ruptura cada vez más visible entre los principios humanistas y fraternos asociados históricamente al fútbol y su configuración actual como dispositivo global de control, espectáculo y acumulación. Lejos de operar como un espacio neutro de encuentro entre naciones, el torneo evidencia un proceso creciente de exclusión económica y simbólica, donde el acceso al juego, a la ciudad y a la experiencia del evento queda mediado por la capacidad de pago, la condición política y la jerarquización global de los cuerpos. En ese desplazamiento, el fútbol deja de funcionar como lenguaje universal de integración y se convierte en un espejo de las asimetrías del orden contemporáneo.

Conclusión.

Se rompe entonces con una promesa fundacional del deporte moderno: la idea de que el juego era un espacio de libertad en el que el individuo podía reconocerse en el otro a partir de una igualdad básica en el terreno simbólico. Sin embargo, el Mundial de 2026 evidencia el quiebre de esa promesa, en tanto el acceso al evento deja de estar vinculado a la fraternidad deportiva para depender crecientemente de la capacidad de consumo en un mercado global cada vez más selectivo. La exclusión de las bases populares no aparece como un accidente del sistema, sino como parte de una reorganización más amplia del fútbol como experiencia de élite.

En ese desplazamiento se vacía progresivamente el conjunto de valores que estructuraron tanto el imaginario olímpico como las narrativas clásicas del deporte moderno: la fraternidad, el juego limpio, la igualdad, la no discriminación, así como el esfuerzo y la superación personal entendidos como principios abiertos y compartidos. Esta tradición, que va del olimpismo y el amateurismo a los discursos contemporáneos del deporte global, se enfrenta hoy a una lógica de mercantilización que redefine sus fundamentos éticos. Incluso la propia FIFA enuncia principios como la inclusión, el respeto, el juego limpio y el impacto so-

cial del fútbol, que funcionan como marco normativo del discurso institucional y como proyección de una idea del deporte orientada a la cohesión social.

A partir del recorrido realizado, puede sostenerse que el Mundial de fútbol expresa hoy una crisis del sentido fraterno del deporte no porque sus valores hayan desaparecido por completo, sino porque han sido reconfigurados dentro de un modelo de gobernanza que privilegia la rentabilidad, la espectacularización, la seguridad y el control. La inclusión, el respeto, el juego limpio y la fraternidad siguen apareciendo como parte del lenguaje institucional de FIFA; sin embargo, su realización material se encuentra cada vez más condicionada por la capacidad de pago, la movilidad internacional, la visibilidad mediática, los derechos comerciales, la vigilancia territorial y las jerarquías políticas del orden global.

En ese sentido, el Mundial de 2026 permite observar con especial claridad esta transformación. Su ampliación a 48 selecciones y 104 partidos podría leerse, en principio, como una apertura del torneo; no obstante, los casos analizados muestran que la expansión no implica necesariamente democratización. En México, la celebración mundialista convive con desapariciones, duelos colectivos, protestas sociales, disputas por el agua, presión inmobiliaria, turistificación y reorganización del espacio urbano en torno al Estadio Ciudad de México. En Estados Unidos, la promesa de hospitalidad global aparece atravesada por políticas migratorias restrictivas, negativas de visa, vigilancia fronteriza, precios dinámicos, exclusión económica y gestos de legitimación política. En Canadá, aun bajo una narrativa de mayor estabilidad institucional, persisten riesgos vinculados a turistificación, encarecimiento urbano y concentración de beneficios.

Estos casos muestran que lo que está en juego es una reorganización integral de la experiencia futbolera: quién puede entrar al estadio, quién puede acercarse a sus alrededores, quién puede hospedarse en las ciudades sede, quién puede cruzar una frontera, quién puede usar los signos comerciales del torneo, quién puede transmitir un partido y quién queda obligado a mirar desde fuera una fiesta que históricamente se presentó como universal. La exclusión mundialista opera así en distintos niveles: económico, urbano, jurídico, migratorio, simbólico y lúdico.

El Mundial contemporáneo es una fiesta deportiva, un negocio global, una escena ambivalente donde coexisten dimensiones en tensión. El fútbol sigue



emocionando, reuniendo y produciendo comunidad; pero esa comunidad aparece cada vez más filtrada por condiciones materiales que deciden quién puede participar plenamente y quién queda en los márgenes. La frase “qué bonito es el Mundial” conserva sentido porque el juego todavía convoca afectos reales, memorias compartidas y encuentros humanos, es la piel con piel que se vive en el fútbol la que le da también un sentido; pero esa belleza queda inevitablemente tensionada por una pregunta ¿qué tan fraterna puede ser esta fiesta cuando su lenguaje, acceso, territorio y su circulación son administrados por el mercado, la frontera y la propiedad?

Por ello, la herencia del fútbol no se pierde del todo, pero sí se encuentra en disputa. El Mundial de 2026 revela que el sentido fraterno del deporte ya no puede sostenerse únicamente desde el discurso institucional, sino desde la capacidad de reconocer sus exclusiones, contradicciones y formas de apropiación. Si el fútbol todavía puede funcionar como lenguaje común, será menos por la promesa corporativa de FIFA que por las prácticas sociales, populares y comunitarias que insisten en devolverle al juego algo de aquello que el espectáculo global le ha quitado: encuentro, pertenencia, memoria y posibilidad de reconocimiento mutuo.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, A. (2025, 13 de junio). Mundial 2026: vecinos del Estadio Azteca ya reclaman por escasez de agua y turistificación. *Grupo Animal*. <https://grupoanimal.mx/estados/mundial-2026-futbol-estadio-azteca-obras-agua>
- Airbnb. (2025, 3 de diciembre). Airbnb and FIFA announce major multi-tournament partnership. <https://news.airbnb.com/airbnb-and-fifa-announce-major-multi-tournament-partnership/>
- Alabarces, P. (2018). *Historia mínima del futbol en América Latina*. El Colegio de México.
- Alashray, E., & Maher, H. (2026, 24 de junio). Iran says U.S. airport delay holds up World Cup delegation. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/iran-says-us-airport-delay-holds-up-world-cup-delegation-2026-06-24/>
- Amnesty International. (2021). *Reality check 2021: A year to the 2022 World Cup. The state of migrant workers' rights in Qatar*. <https://www.amnesty.org/en/documents/mde22/4966/2021/en/>
- Amnesty International. (2023). *México: desapariciones forzadas y crisis de derechos humanos*. <https://www.amnesty.org>
- Amnesty International. (2025, Marzo 31). Amnesty warns of “huge” human rights risks at 2026 World Cup. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/amnesty-warns-huge-human-rights-risks-2026-world-cup-2026-03-31/>
- Animal Político. (2024, mayo 12). Agua, urbanización y conflicto territorial en el sur de la Ciudad de México. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com>
- Beyer, F. (2019). *Panorama general de la música y el deporte en la Grecia Antigua*. Unidades de Apoyo para el Aprendizaje, CUAED/Facultad de Música-UNAM. Consultado el 30 de marzo de 2026, de https://repositorio-uapa.cuaed.unam.mx/repositorio/moodle/pluginfile.php/3030/mod_resource/content/1/UAPA-Panorama-Musica-Grecia/index.html

- Brohm, J. (1976). *Sociología política del deporte*. Jean Pierre Delargue, Éditions Universitaires.
- Bromberger, C. (1995). *Le match de football: Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- Carrión, F. (2014). La dimensión política del fútbol: su fascinación y encanto. En D. Quintian & E. Serna (Eds.), *Naciones en campo: fútbol, identidades y nacionalismos en América Latina* (pp. 93–102). Editorial Kinesis
- Comisión Nacional de Cultura Física y Deporte (CONADE). (2008). *Futbol: El juego de todos* (Primera edición, enero). CONADE. <http://conadeb.conade.gob.mx/Documentos/Publicaciones/Futbol.pdf>
- Cooke, K., Pingue, F., Shakil, I., Carroll, R., & Lewis, S. (2026, 9 de junio). US denies Somali World Cup soccer referee entry because of “security threat”. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/somali-soccer-referee-denied-us-entry-will-miss-world-cup-debut-2026-06-09/>
- Deutsche Welle [DW]. (2025a, marzo 31). Las políticas de Trump disuaden a los aficionados rumbo al Mundial 2026. *Deutsche Welle*. <https://www.dw.com/es/mundial-2026-las-pol%C3%ADticas-de-trump-disuaden-a-los-aficionados/a-76631432>
- Deutsche Welle [DWb]. (2025b, febrero 14). World Cup 2026: How much of an impact could host politics have? *Deutsche Welle*. <https://www.dw.com/en/world-cup-2026-how-much-of-an-impact-could-host-politics-have/a-72856488>
- El País. (2024, marzo 18). Casi 100.000 desaparecidos en México: el Gobierno reduce en 20.000 la cifra oficial. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2024-03-18/casi-100000-desaparecidos-en-mexico-el-gobierno-reduce-en-20000-la-cifra-oficial.html>
- Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Fédération Internationale de Football Association (FIFA). (2021, noviembre 19). *Proteger los valores positivos del fútbol*. FIFA. <https://publications.fifa.com/>

es/vision-report-2021/11-goals/protect-positive-values-in-football/

- Fernández Araya, J., & Soto Acosta, W. (2018). La FIFA: ¿Del “fair play” a una estructura de crimen organizado? En W. Soto Acosta (Ed.), *Política global y fútbol: El deporte como preocupación de las ciencias sociales* (pp. 155–181). CLAC-SO. <https://www.jstor.org/stable/j.ctvnp0jqp.12>
- Gameros, M. (2010). La otra diplomacia: El fútbol y la política. En S. Martínez (Coord.), *Fútbol-espectáculo, cultura y sociedad* (pp. 225–240). Afinity Editorial.
- García, J., Molina, J., & Sánchez, A. (2015). Antecedentes de los valores olímpicos en la Grecia clásica y su proyección en el olimpismo moderno. *Materiales para la Historia del Deporte*, 14, 297–309. Recuperado de https://polired.upm.es/index.php/materiales_historia_deporte/article/view/4297
- Garrido, V. M. (2025, 25 de octubre). Los vecinos del estadio Azteca vs. el Mundial 2026: “Se enriquecen a nuestra costa”. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2025-10-25/los-vecinos-del-estadio-azteca-vs-el-mundial-2026-se-enriquecen-a-nuestra-costa.html>
- Giulianotti, R. (1999). *Football: A sociology of the global game*. Polity Press.
- Goldblatt, D. (2008). *The ball is round: A global history of football*. Riverhead Books. <https://archive.org/details/ballisroundgloba0000gold>
- Gordon, D. (Director). (2022). *FIFA Uncovered* [Serie documental]. Netflix.
- Guttmann, A. (1978). *From ritual to record: The nature of modern sports*. Columbia University Press.
- Hernandez Molina, N. (2026, 16 de junio). Solidaridad en el Mundial 2026: afición de Suecia abraza a madres buscadoras en Monterrey. *Infobae*. <https://www.infobae.com/mexico/2026/06/17/solidaridad-en-el-mundial-aficion-de-suecia-abraza-a-madres-buscadoras-en-monterrey/>
- Holt, R. (1989). *Sport and the British: A modern history*. Oxford University Press.
- Huizinga, J. (2007). *Homo ludens*. Alianza Editorial.

- Human Rights Watch. (2025, enero 14). World Report 2025: Mexico. *Human Rights Watch*. <https://www.hrw.org/world-report/2025/country-chapters/mexico>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2023, diciembre 7). Estadísticas de mortalidad y violencia en México. INEGI. <https://www.inegi.org.mx>
- López Frías, F. J. (2011). Filosofía del deporte: Origen y desarrollo. *Dilemata*, 2(5), 1–19. <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/92>
- Medina, A. (2026, 29 de marzo). Mexican protesters turn highway into football pitch to slam World Cup “dispossession”. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/mexican-protesters-turn-highway-into-football-pitch-slam-world-cup-dispossession-2026-03-29/>
- Murray, B. (1994). *The world's game: A history of soccer*. University of Illinois Press.
- Nair, R. (2026, 14 de junio). Somali referee denied US entry for World Cup will receive full FIFA fee. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/somali-referee-denied-us-entry-world-cup-will-receive-full-fifa-fee-2026-06-14/>
- Pacheco, W. (2026, 9 de junio). Acciones anti-mundialistas rumbo a la inauguración del Mundial 2026. La Cadera de Eva. <https://lacaderadeeva.com/actualidad/protestas-y-movilizaciones-antimundialista-en-la-cdmx/16798>
- Pingue, F. (2026, 11 de marzo). US lawmakers urge FIFA to lower 2026 World Cup ticket prices. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/us-lawmakers-urge-fifa-lower-2026-world-cup-ticket-prices-2026-03-11/>
- Putney, C. (2001). *Muscular Christianity: Manhood and sports in Protestant America, 1880–1920*. Harvard University Press.
- Rivera, N. (2026, 11 de junio). Colectivos de la Asamblea Antimundialista alistan la “Mega Reta Antififa”. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/nacional/cdmx/2026/6/11/colectivos-de-la-asamblea-antimundialista-alistan-la-mega-reta-antififa-video-373711.html>

- RTVE. (2025, diciembre 5). Donald Trump, “Premio de la Paz” de la FIFA por promover el diálogo en conflictos. *RTVE Noticias*. <https://www.rtve.es/noticias/20251205/donald-trump-premio-fifa-paz-promover-dialogo-conflictos/16847722.shtml>
- Ruffin, A., & Dakwar, J. (2026, abril). ACLU joins coalition calling for FIFA to uphold human rights ahead 2026 World Cup. *American Civil Liberties Union*. <https://www.aclu.org/campaigns-initiatives/the-2026-fifa-mens-world-cup-know-your-rights-know-your-risks>
- Salazar, S. (2023). Los Mundiales de fútbol: Una lectura desde breves acercamientos a la tecnología, la digitalización y la geopolítica. *Yeiya: Revista de Estudios Críticos*, 4(1), 87–98. <https://doi.org/10.33182/y.v4i1.3090>
- Santome Sánchez, A. A. (2019). El fútbol de los que sobran: Apuntes sobre la necesidad de nuevas concepciones éticas en relación al desarrollo humano de los deportistas de élite. *Apuntes de bioética*, 2(2), 25–36. <https://doi.org/10.35383/apuntes.v2i2.281>
- Tennery, A. (2026a, 3 de junio). Rights group warn of “climate of fear” at US World Cup games. *Reuters*. <https://www.reuters.com/world/rights-group-warn-climate-fear-us-world-cup-games-2026-06-03/>
- Tennery, A. (2026b, 16 de junio). Immigrants, international fans step up with Senegal supporters stuck at home. *Reuters*. <https://www.reuters.com/sports/soccer/immigrants-international-fans-step-up-with-senegal-supporters-stuck-home-2026-06-16/>
- Tissembaum, S. (2024, julio 21). *FIFA vs COI: La historia detrás del fútbol en los Juegos Olímpicos*. *El Negocio del Deporte*. <https://www.elnegociodeldeporte.com/p/fifa-vs-coi>
- Varela Hernández, S. (2014). “No queremos goles, queremos frijoles”: México mundialista: 1970 y 1986. En F. Carrión & M. J. Rodríguez (Comps.), *Luchas urbanas alrededor del fútbol* (pp. 355–374). 5ta. Avenida Editores.
- Varela Hernández, S. (2026, 12 de junio). Ese estilo de opinión, que fluye como el Amazonas en periódicos estilo La Jornada, que ningunea a “los aficio-

nados” al fútbol... [Publicación de Facebook]. *Facebook*. <https://www.facebook.com/share/p/1Bm26fGukX/>

Varela, M. (2026, 2 de junio). Los manifestantes de la CNTE intensifican el pulso al Gobierno con bloqueos en el centro de la ciudad. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2026-06-02/los-manifestantes-de-la-cnte-aumentan-la-tension-y-derriban-las-estatuas-del-mundial.html>

Watson, N., & Parker, A. (2014). Muscular Christianity and sports ministry. En N. Watson & A. Parker (Eds.), *Sport and the Christian religion: A systematic review of literature* (pp. 44–62). Cambridge Scholars Publishing.

Wattenbarger, M. (2026, 3 de febrero). El agua enfrenta a vecinos y desarrolladores en Ciudad de México de cara a la Copa del Mundo. *Dialogue Earth*. <https://dialogue.earth/es/agua/agua-enfrenta-vecinos-desarrollados-ciudad-mexico-mundial/>

Woodford, I. (2025, 25 de agosto). ‘We get nothing’: Residents fight back as Mexico builds big for 2026 World Cup. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/global-development/2025/aug/25/we-get-nothing-residents-fight-back-as-mexico-builds-big-for-2026-world-cup>

Zirin, D. (2014, junio 16). Dave Zirin on the World Cup you won’t see on TV: Protests, tear gas, displaced favela residents. *Democracy Now!* https://www.democracynow.org/es/2014/6/16/dave_zirin_on_the_world_cup